

## ENTRE LA ILUSTRACIÓN Y EL ROMANTICISMO: LA HUELLA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Ana M<sup>a</sup> FREIRE LÓPEZ

San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008,  
264 pp.

Un recorrido por la literatura de este «período de nadie» que supone el primer tercio del siglo XIX es lo que nos propone Ana M<sup>a</sup> Freire, Catedrática de Literatura Española en la UNED, en su reciente libro *Entre la Ilustración y el Romanticismo*. No se trata, sin embargo, de un recorrido por las «grandes obras» de la literatura sino de uno alternativo, a través de géneros considerados frecuentemente menores como la sátira, de traducciones de valor literario limitado, de autores de segunda fila, de colecciones documentales ricas en panfletos políticos, reales órdenes y publicaciones periódicas, pero no precisamente en obras cumbre de la literatura española. Y sin embargo, las aportaciones de esta colección de trabajos son importantes tanto para la historia de la literatura como para la historia en general.

Hay tres cuestiones que destacan especialmente en la obra. En primer lugar, la irrupción de la Guerra de la Independencia en el teatro español. Freire destaca las diferencias que pueden documentarse entre la España ocupada —analizada a través del Madrid de José I y de algunas referencias a otras ciudades, como Girona— y la España «libre», con referencias a distintas ciudades. En el primer caso, se trata de un teatro bastante convencional destinado sobre todo a crear la sensación de normalidad, aunque por esta misma razón fuera severamente censurado. Este teatro gozó de poco éxito popular y su público lo constituían sobre todo los militares de las guarniciones francesas. En el segundo caso, el teatro su-

peró claramente las rigideces, limitaciones y prohibiciones del Antiguo Régimen y, al lado de obras ya existentes o de traducciones que serían aprovechadas por «la oportunidad de su argumento» —caso del *Pelayo* de Jovellanos—, «las obras más interesantes son las que se escribieron expresamente al calor de los acontecimientos» (pp. 62-63). Ya fueran éstas alegóricas o realistas, cumplían la doble función de recaudación de fondos y de conservar la moral en un momento de conflicto y gozaron de un éxito de público muy notable. Si el retorno del absolutismo pretendió devolver el estado del teatro a la situación de 1808, el Trienio Liberal, primero, y la muerte de Fernando VII, después, cambiaron para siempre el contexto y la legislación en la que se desarrollaba el teatro español. Este nuevo teatro enlazó, al menos en parte, con el que se había ensayado durante la Guerra de la Independencia, tanto porque algunos autores habían comenzado sus andanzas durante la guerra como, y sobre todo, por el carácter político del teatro romántico. Aunque se tratara de «obras de mala calidad», el éxito entre el público fue importante y sirvió como «instrumento político», como «literatura de ataque» ante el enemigo, ya fuera éste el estrictamente militar de la Guerra de la Independencia, ya político y militar como a la muerte de Fernando VII.

En segundo lugar, si esta mala literatura fue decisiva para la difusión de determinadas ideas políticas, también lo fueron otros géneros «menores» como la sátira. Una primera característica de este tipo de literatura en el primer tercio del siglo XIX es su gran abundancia. «Sátiras, parodias y demás modalidades de lo burlesco», «envueltas en diversos disfraces: sueños, retratos, fábulas», en verso o en prosa, usan animales para componer las obras, imitan sermones, diccionarios, o recetas de cocina, siempre con la intención de ridiculizar al adversario, ya fuera éste el francés o el partido o político contrario.

Un tercer hilo conductor fundamental de la obra que comentamos es la importancia de la traducción. A partir de los casos de Fray Fernández de Rojas y su *Viaje pintoresco e histórico de España*, de Bernardo María de Calzada, de Cristóbal de Beña, de Juan Nicasio Gallego, de Mariano José de Larra, y del negocio fallido de traducciones de Walter Scott que intentara Aribau, tres elementos destacan en relación al tema que comentamos. El primero, la evidente influencia de modelos extranjeros en la literatura española, como en el caso de Walter Scott, aunque tales modelos pudieran ser bien distintos. El segundo, y a medida que avanzaba el romanticismo, la importancia de la traducción como fuente de ingresos para unos literatos que, dejando atrás el modelo de literatura directamente subvencionada por el poder, intentan vivir de su trabajo convirtiéndose en «independientes». Y, finalmente, las influencias ideológicas que derivaban de esta literatura, como muestra el caso de la publicación de *El dogma de los hombres libres*, aunque como sucediera con el prólogo del mismo Larra a esta obra o con las adaptaciones que hiciera Fray Fernández de Rojas, la traducción implicaba frecuentemente una traición consciente al texto para adaptarlo al lector español o a los intereses del editor.

De una forma o de otra, otro gran tema aparece en diversos trabajos de Freire y es la importancia de la censura y de la moral. Ya fueran los intentos franceses de aparentar normalidad, los absolutistas de frenar la difusión de las ideas liberales, o después los mismos liberales en el poder para mantener el liberalismo dentro de un «orden», la influencia del poder público parece decisiva en el desarrollo de la literatura española en el primer tercio del siglo XIX. De ahí que, por poner un ejemplo, Freire anote que no puede suponerse que los lectores españoles accedieran al mismo Scott que los ingleses: «los editores estaban dispuestos a mutilar y modificar, sin que les dolieran prendas, los textos originales para conseguir la licencia de impresión, pero también para hacer más accesibles aquellas obras en las que, a juicio de Aribau, los lectores españoles “encontrarán oscuros unos pasajes, impertinentes otros, y pesadísimos sus más hermosos diálogos”» (p. 237). Por último, el hecho de que muchas traducciones se hicieran a partir no del texto original, sino a través de otras traducciones, hacía el resto.

En definitiva, y más allá de las grandes obras de la literatura, los trabajos de Freire nos inician en los complejos e interesantes temas de la sociología de la literatura. En la supervivencia de los autores, en la creación de un mercado de lectura en español en la primera mitad del siglo XIX, en la difusión de nuevos gustos y productos de consumo cultural, o en la evidente influencia de esta literatura en las ideas políticas. Unos ámbitos en los que coinciden la historia de la literatura estricta con la historia política y con la historia cultural de lo social. Son, en conjunto, buenos indicios de lo que daría de sí un análisis sistemático de biografías de autores, de traducciones o de los modelos de comportamiento que destilan las obras publicadas en este período.

Más allá de estos hilos conductores, el lector encontrará en la obra de Freire referencias bien concretas a la biografía de diversos autores, a la evolución del propio concepto de romanticismo, o a la biografía de Agustina de Aragón, siempre con la idea de engarzar la Guerra de la Independencia con su antes y con su después, en un necesario ejercicio de análisis de un período convulso como son los años que van de finales del XVIII a la Revolución Liberal.

Genís Barnosell  
Universitat de Girona

